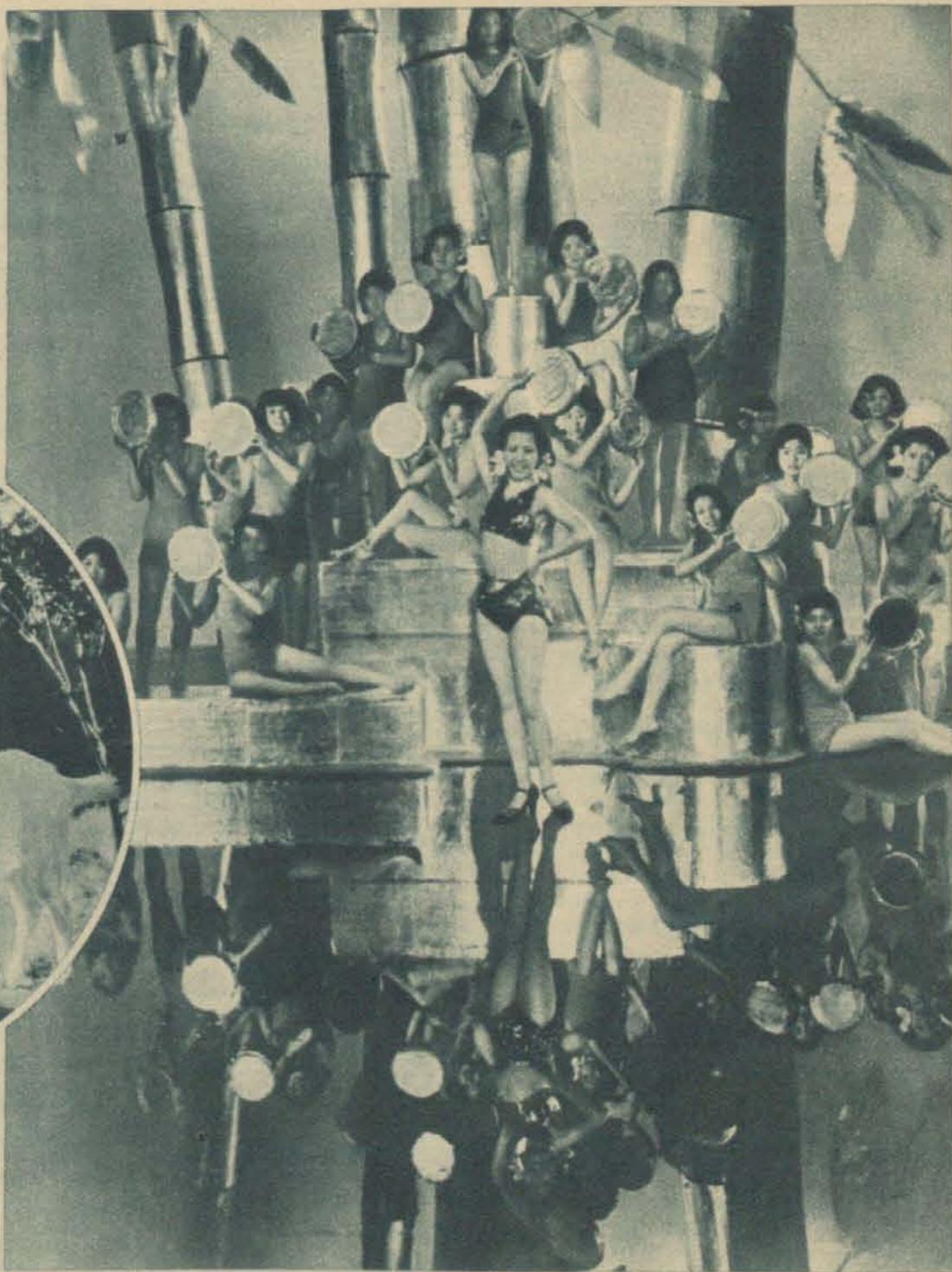


El cinema exótico:

CHINA



El niño en la película china. También esta escena del film «La aldea de flores» lleva el cuño de los modelos americanos y europeos, ligeramente endulzado por la «oveja de inocencia» colocada en la luz de los reflectores



← «Un niño canta una canción triste», título un poco sentimental de una película, en su sonido completamente chino; pero con el cual no hacen juego el trabajo completamente norteamericano de sus actores y la arquitectura occidental

Norteamericanismo con todas sus triquiñuelas. Unas palmeras artificiales, suelo reluciente como espejo, musas en «maillot», la película americana de revistas celebra su resurrección en China

CHINA ha entrado en la actualidad mundial—una actualidad de primer plano—a raíz de las incursiones conquistadoras de los japoneses. Y desde entonces, toda clase de relatos sobre las más diversas actividades de aquel país nos han caído bajo los ojos en columnas preferidas de diarios y revistas.

Pero, sin embargo, a través de todas estas informaciones, hemos podido comprobar la falta de una orientación concreta sobre la cinematografía en el gigantesco país del lejano Oriente. Y, a primera vista, parece que aquellos trescientos millones de chinos están dedicados, de la mañana a la noche, bien a cometer atracos, bien a reprimirlos; unas veces, a combatir al Japón; otras, a favorecer el desarrollo del comunismo; siempre divididos en bandas de generales insurgentes, formando ante la mirada ligera de los occidentales un caos de división elevado a tal grado que la mayor parte de los lectores de un público medio ignoran qué Gobierno es el que representan los diplomáticos chinos de nuestros países.

A pesar de ello, China permanece unida y con la suficiente cohesión para permitir no solamente el desarrollo de su tradicional teatro, sino también para dar vida propia al arte cinematográfico. No es necesario aclarar que en este desarrollo, sobre todo en lo correspondiente a su financiamiento, los americanos han sido los que mayor impulso le han prestado con sus buenos dólares trasplantados al otro lado del Océano Pacífico.

El centro de difusión de la cinematografía china, por esta

razón, tiene que estar localizado en lugares en los que la penetración pacífica del Extranjero se hace más sentir. Los principales Estudios están en Shanghai, y a pesar de probabilidades de bombardeo ya experimentadas hace años, se desarrolla una pequeña ciudad del cine que amenaza con convertirse en temible competidora del Hollywood americano, aprovechando el dinero y las enseñanzas partidas de aquella Meca de la cinematografía.

La tradición y el cine

El cine chino es por completo desconocido en nuestro país. Su introducción en Europa encuentra dificultades, de las cuales no es la menor la comercial: la falta de un perfecto aparato de distribución—que otros países han logrado al cabo de muchos esfuerzos y de varios años—se completa con la evidencia del fracaso financiero de su presentación a nuestro público, incapaz de sentir y ver con arreglo a la mentalidad amarilla.

Pero ello no impide que la producción cinematográfica extremo-oriental se desarrolle de un modo envalentonador, pues sin contar para nada con la exportación, el mercado propio posee suficiente amplitud para producir elevados beneficios a los productores indígenas. Y por esto no debe sorprendernos que la cinematografía china compita, en su propio país, victoriosamente con los films americanos, desalojándoles de los miles de pueblos y ciudades que llenan aquel grandioso territorio. ¿Y cómo ha alcanzado tal desarrollo? Es sencilla la respuesta: copiando los métodos que los mismos norteamericanos habían olvidado.

La tradición lucha victoriosamente en el terreno del arte teatral. China permite la introducción de métodos occidentales en su vida pública y privada, pero no en su teatro, de tal modo arraigado en su alta y vieja cultura que difícilmente—en grandes capitales y territorios de fuerte influencia extranjera—se abren paso los intentos de presentar las creaciones de la dramaturgia occidental o de orientar sus propias producciones en un sentido europeo o norteamericano. Estos pequeños triunfos hacen más patente el de la fidelidad conservadora con que millones de chinos se apiñan entusiasmados ante su teatro clásico, con su tradicional ausencia de actores femeninos.

Lo que sucede con el teatro, que conserva su vida autóctona, no se puede aplicar al cine. El cine es un arte nuevo, y al no estar enraizado por decenas de centurias con el alma del pueblo, le había de resultar imposible adquirir propias características, ya que el gigantesco—en el tiempo y en el espacio—pueblo chino perdió hace tiempo sus condiciones creadoras, cortadas por la fantástica muralla que le aisló, moral y materialmente, de todo contacto renovador con el Occidente.

Por eso, cuando trató de dar un primer paso para una producción propia de films, encontró la falta de materiales de referencia en su propia vida, lo que le hubiese permitido—en el caso contrario—crear arte peculiar. Desde el primer momento se condenó a nacer encadenado al modelo extranjero, y aun no le ha sido factible el librarse de la tutela extraña.

“Un niño canta una canción triste” para trescientos millones de chinos

Este defecto ha sido el que, por otra parte, le ha permitido una competencia con éxito. Educado el gusto a la producción americana, la nacional no ha hecho sino repetir los temas y argumentos de aquélla con un marco indígena de desarrollo.

La producción del último año, sobre la que daremos una ligera ojeada, muestra bien claramente esta relación de nacimiento. Son films



«Tiempo de oro» se llama una película china que trata de problemas sociales y muestra una cierta mezcla de propio enfoque y de influencia norteamericana. Esta escena al aire libre añade a las personas y al ambiente unos rasgos completamente chinos



Una discusión agitada. Una escena de la película «Tiempo de oro», de la que, a pesar de los originales tipos, resalta el modelo occidental



Mezcla de estilos en el espacio. De este interior del film «La aldea de flores» parece resultar un ambiente auténtico estilo, el que, sin embargo, al fijarse más atentamente, se muestra un poco alterado por la presencia de otras partes no auténticas

con carácter de superproducción; pero aplicando nuestra palabra «españolada», son sencillamente «chinadas», que muy bien podrían haber sido fabricadas en Los Angeles.

De nada sirve recurrir al argumento chino en su fondo, si el desarrollo se lleva a cabo con arreglo a las normas clásicas de Hollywood. Argumento e intérpretes chinos; pero solamente porque se produce la película en aquel país. El problema psicológico es de lo más vulgar, y los finales resultan tan estúpidamente optimistas como los de las películas de 1930. *La aldea de flores*, en la que la única originalidad (?) consiste en que el galán es un militar patriota, es un claro exponente de lo que más arriba indicamos. Incluso los gestos de los protagonistas, que se pueden observar en las fotografías adjuntas, no hacen sino traducir a la piel tersa y ojos oblicuos aquellos, ya desaparecidos, de galanes y damas de Hollywood.

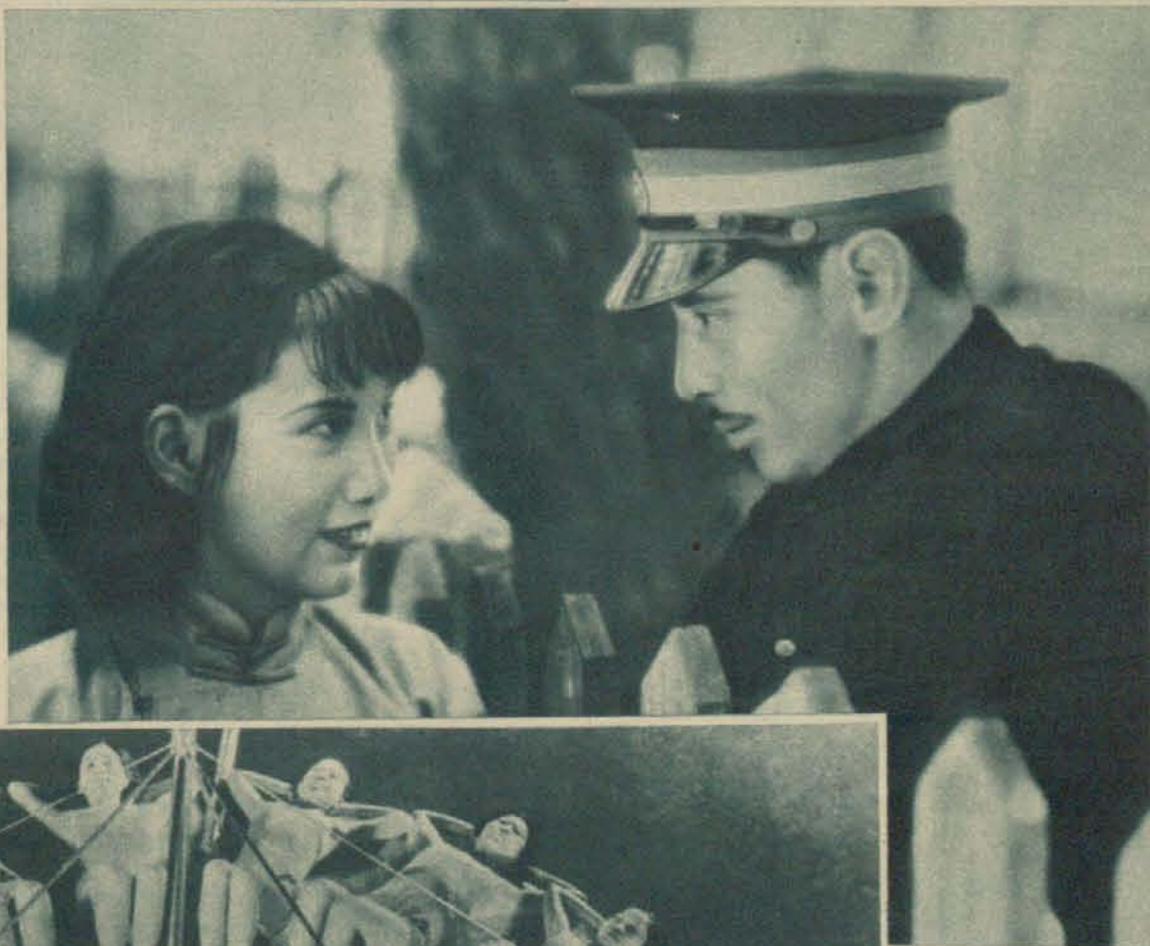
Un intento de evadirse de esa tutela quiere ser *Tiempo de oro*, film de tendencias sociales, y en el que se desarrolla la lucha de rebeldes y leales, con el consiguiente triunfo de éstos. Y decimos que constituye un intento de libertad solamente por tratar problemas específicamente chinos, aunque en el resto, incluso en la escenografía y disposición de intérpretes, sigue siendo una copia absoluta.

Pero el film que más éxito ha logrado durante la pasada temporada ha sido uno cuyo título, en su sonido, es perfectamente chino: *Un niño canta una canción triste*. Los fotogra-

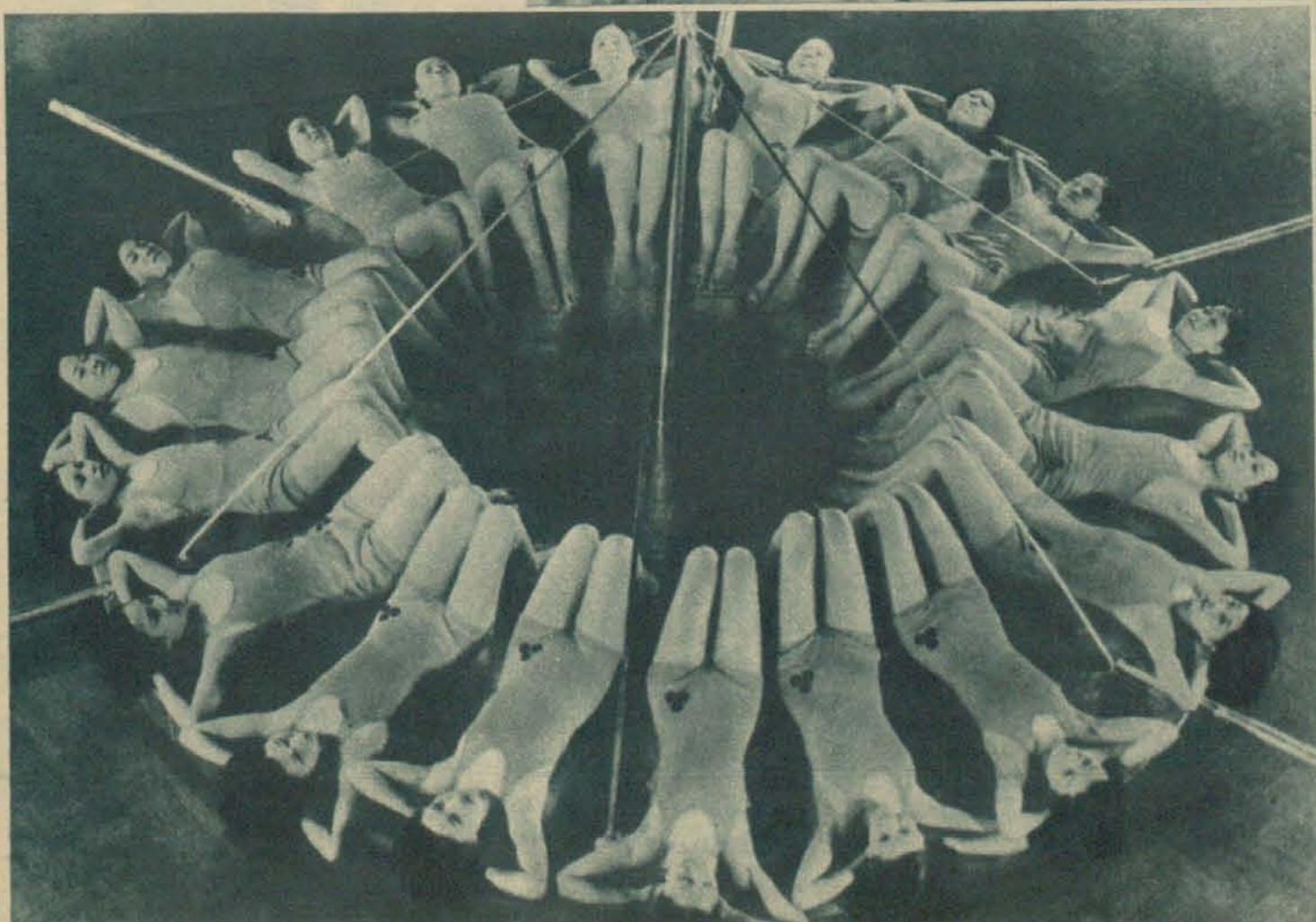
mas que presentamos son descriptivos en el más alto grado de la fidelidad en la copia de ademanes, colocación, escenario, dejando ver que es un film chino solamente en los rostros de los protagonistas.



Harold Lloyd en China. Una escena de la película «La mujer», que, según los conocidos modelos, podría ser rodada en la plaza de deporte de una Universidad norteamericana



JOSÉ DE LA FUENTE



Una fotografía de película trágica. La protagonista de la película «La aldea de flores» tiene que tomar una determinación algo grave, como se desprende de su gesto. Para ello ha elegido, no solamente su traje, sino también su «pose», según célebres y conocidos modelos

«El deporte moderno de las damas». En esta colocación de las «girls» chinas se ve un Hollywood 100 por 100